

## ¿CÓMO RECUPERAR LA POLÍTICA?

Alonso Solís Sillas\*

Silva-Herzog, J. (2024). *¿Cómo recuperamos la política?* Guadalajara: Instituto Electoral y de Participación Ciudadana de Jalisco.

*¿Cómo recuperar la política?* La pregunta presupone que la política es algo que hemos perdido o que está por perderse. Pero existen –se rebatirá– los partidos, los congresos, las campañas, las elecciones; la nuestra es una época politizada, marcada por las discusiones encendidas, la polarización ideológica y el radicalismo. ¿Qué significa, entonces, la pérdida de la política? ¿Qué es la política? Lo que hemos de recuperar, lo que está erosionándose, es la política entendida en sentido democrático: aquella que se basa en el diálogo y la inteligencia creativa en aras de la dignidad humana y los intereses colectivos, y no en la fuerza, el dogma o la demagogia. Lo que está en trance de perderse es la política, no como guerra, sino como conversación.

Desentenderse de la política es una “estrategia suicida”, escribe el ensayista mexicano Jesús Silva-Herzog Márquez en *¿Cómo recuperamos la política?* Bien mirado el asunto, desentenderse de la política sería instaurar una distopía, porque una sociedad de libertad absoluta, sin sentido de justicia ni cooperación cívica, equivaldría a la mera anarquía y a una dispersión de sujetos alienados. Los antiguos atenienses, inventores de la democracia y de la filosofía política, tenían un nombre para todo aquel que despreciara los asuntos públicos: *idiōtēs* (idiota). Por decirlo de una vez, necesitamos la política. Sin ella, simplemente, no hay sociedad. Si no me preocupo por lo común, lo público, los demás, no podré esperar solidaridad cuando más la necesite. El individualismo posesivo –el cultivo del jardín privado,

\* Profesor de Filosofía de la Universidad de Guadalajara, México. ORCID: 0009-0007-8821-9152 Correo electrónico: [alonso.solis8294@academicos.udg.mx](mailto:alonso.solis8294@academicos.udg.mx)

la despreocupación del mundo— nos hace olvidar que una buena sociedad requiere confianza interpersonal, fraternidad moral y compromiso cívico.

Siguiendo a Hannah Arendt, Silva-Herzog Márquez sostiene que recuperar la política pasa por reconstruir un lenguaje común y el valor de la verdad; pasa, pues, por respetar las evidencias, los hechos y los razonamientos metódicos. Hoy campea la opinión de que la verdad no importa: importa mi reacción emocional a una noticia, a una información, a un post. Lo primordial es avasallar públicamente a mis adversarios y críticos. Pero en un espacio público democrático no hay lugar para el insulto, y la emocionalidad nunca da la razón. Defender la objetividad, los argumentos y la veracidad, así como contener las descalificaciones y el sensacionalismo, es nuestra mejor forma de combatir la “posverdad”.

Uno de los temas fundamentales de la filosofía política occidental es el conflicto entre la verdad y la política. Pareciera, dice Arendt, que la verdad es impotente y que la política, por naturaleza, miente y engaña. Lo crucial, sin embargo, es que nadie imponga una Verdad en la esfera pública. Monopolizar la conversación es una fórmula totalitaria. Sin un lenguaje común y sin un respeto universal por los hechos empíricos y las verdades analíticas, no hay conversación pública ni convivencia civilizada.

El engaño, la falsificación, el fraude: las amenazas a la política siempre han existido. No obstante, la mentira se establece rápidamente como una virtud política axial; y la internet y los dispositivos tecnológicos ofrecen actualmente mayor poder de manipulación: noticias falsas, fabricaciones a gran escala, simulación de voz e imágenes. El escenario no es esperanzador, porque la verdad es una precondition del diálogo, y sin diálogo no hay política democrática.

Dialogar se ha vuelto un imperativo y un atrevimiento: “lo que hemos perdido, o lo que está bajo amenaza, es la posibilidad de entrar en una conversación con otros” (p. 38). Silva-Herzog no nos invita a despreciar o ignorar las ideas diferentes o contrarias a las nuestras: nos invita a no pretender sojuzgar al otro. El otro no es la encarnación del mal, sólo alguien que piensa distinto, defiende otros valores o está simplemente equivocado.

La realidad es polifacética; puedo leerla a partir de registros distintos. Lo más conveniente, por tanto, es asumir una mentalidad liberal y respetar la pluralidad de ideas y puntos de vista, sin condenar moralmente al otro.

Si me anclo en mis propias convicciones, lo más seguro es que me radicalice; si dejo de dialogar con mis contrarios, asumiré posiciones extremas, simplistas y unilaterales.

Silva-Herzog piensa que haríamos bien en reconocer que la actual revolución tecnológica y comunicacional ha causado mayor tribalismo y menos diálogo. La internet no cumplió sus promesas: no expandió nuestro horizonte ni nos hizo más pluralistas y liberales; por el contrario, nos ha vuelto más provincianos, más localistas y más ideológicos. Las tecnologías sociodigitales nos encapsulan herméticamente en nuestros prejuicios. Han impulsado la polarización política, el fanatismo y el auge de líderes populistas, maestros de la posverdad. Más que informar, ofuscan. Quizás lo más sensato sea, creo, renunciar a su primacía y recobrar el valor del diálogo vivo y la oralidad dialéctica.

Como dijimos más arriba, la política según Arendt es ante todo conversación, habla (*speech*). En cambio, para Carl Schmitt la política es pugna, guerra, una lucha encarnizada contra nuestros adversarios. Antiliberal y admirador del nazismo, Schmitt escribe: “La específica distinción política a la cual es posible referir las acciones y los motivos políticos es la distinción de amigo [*Freund*] y enemigo [*Feind*]” (Schmitt, 1985, p. 23). Su concepción de la política comparte con la *identity politics* el énfasis en la enemistad: “mi identidad me la dan los otros, mis adversarios”. Bajo la forma de populismo, libertarianismo o neofascismo, esta visión autoritaria y maniquea de la política ha cobrado vigencia en el mundo. Es tan practicada y extendida que no la cuestionamos. Es lo normal: todos somos sin saberlo schmittianos.

Pero la política, repondría Arendt, no es dominación, opresión o sometimiento. Es acción concertada en el espacio público, participación, búsqueda del bien común. En toda arena pública hay, naturalmente, intereses, conflictos y facciones contrapuestas, esto es, “amigos” y “enemigos”. Sin embargo, la política democrática es el arte de gestionar nuestras diferencias mediante el diálogo y la discusión pública civilizada, y no mediante el despotismo y el avasallamiento. El régimen democrático rehúye del monismo –invariablemente autoritario– y hunde sus raíces en la pluralidad. No el Hombre, sino los hombres viven en la Tierra y habitan el mundo, dice Arendt. “La pluralidad es la condición de la acción humana debido a que todos somos lo mismo, es decir, humanos, y por tanto nadie es igual a cualquier otro que haya vivido, viva o vivirá” (Arendt, 2003, p. 22).

Promover la moderación es otra forma de contrarrestar las amenazas contemporáneas a la política. Moderación no es sinónimo de cobardía. El equilibrado, el juicioso, no es blandengue, tibio ni indeciso, como alegan los extremistas; el moderado busca los matices, los puntos sobre las íes: sabe bien que, al igual que la virtud, la verdad evita los extremos. Escribe Silva-Herzog: “Me parece que, en este tiempo, la gran valentía está justamente en la capacidad de decir sí, pero no; aquí, pero también allá, y tener la capacidad de escuchar a los otros aceptando que, en uno y otro frente, habrá acusaciones de indefinición” (p. 48).

En el apéndice de *El laberinto de la soledad*, Octavio Paz (héroe literario de Silva-Herzog) dice: “La soledad es el fondo último de la condición humana” (Paz, 2004, p. 211). La soledad constituye también una amenaza a la política contemporánea y a la solidaridad social. La paradoja de la sociedad tecnológica de masas es que engendra aislamiento y ausencia de compañía, *Verlassenheit* (abandono), agregaría Arendt. El humanista crítico Erich Fromm afirma que “La vivencia de la separatividad provoca angustia; es, por cierto, la fuente de toda angustia. Estar separado significa estar aislado, sin posibilidad alguna para utilizar mis poderes humanos. De ahí que estar separado signifique estar desvalido” (Fromm, 2012, p. 19)

La política como búsqueda de comunión es una forma de escapar de la prisión de nuestra soledad. Nadie es autosuficiente o se basta a sí mismo: “todo nos viene de los otros (...). Ser es pertenecer a alguien” (Sartre, 1967, p. 13), escribió Sartre en *Saint Genet, comediante y mártir*. La política no es sólo depositar un voto en una urna. Vincularnos con los demás, ir al encuentro con los otros, detectar afinidades y asuntos comunes e integrarnos a la sociedad son ya acciones políticas. El individualismo antisocial, atomista, posee consecuencias desastrosas, concluye Montesquieu en la undécima de sus *Cartas persas*: “La fábula de los trogloditas”, nos dice el autor de *La idiotez de lo perfecto*.

La democracia no es sólo una forma de acción política sino un régimen, el régimen de la igualdad y la libertad, *la casa de la contradicción*. Su gran virtud es que sólo en ella podemos asumir un destino común y exigir nuestros derechos. El ciudadano –individuo autónomo y libre– únicamente existe en democracia; fuera de ella, hay súbditos, plebeyos, esclavos. Recuperar la política democrática en nuestros días, advierte Silva-Herzog, implica algo

tal vez poco atractivo: “el cuidado de las instituciones”. En muchos países del mundo, peligran las instituciones republicanas. ¿Por qué habría que defenderlas? Por la simple razón de que los derechos y las libertades son posibles gracias a ellas: gracias al imperio de la ley, a la separación de poderes y a la independencia de los organismos autónomos. Cuidar las instituciones equivale a cuidar la libertad.

No olvidemos, sin embargo, que la democracia, “el estanque donde desembocan todos los ideales políticos de la modernidad” (Silva-Herzog, 2021, p. 13), está plagada de defectos. No necesariamente selecciona a los mejores liderazgos; a veces es lenta, torpe e indecisa, y suele carecer de una visión de largo aliento, pues piensa en términos de meses o años, nunca en décadas:

Decía el economista filósofo Jacques Attali, que no era ninguna casualidad que en democracia nadie se atreviera a construir una catedral. Qué presidente, qué primer ministro podría decir –estamos poniendo hoy la primera piedra de esta catedral que será inaugurada dentro de 325 años. (p. 53)

La virtud temporal o cronológica de la democracia reside en no vivir atada al pasado, pero tampoco prometer un futuro paradisiaco. Toda idealización del pasado es un engaño mortal, una trampa. Por su parte, la infatuación con el futuro –el hogar de la utopía– crea leviatanes; llevada al extremo, comete genocidios. Silva-Herzog recuerda que, en *Postdata*, acaso la obra más polémica de Paz, éste señala: “la grandeza de la democracia es la misma grandeza del amor: su tiempo es el presente” (p. 52):

Y hay algo más: el valor supremo no es el futuro sino el presente; el futuro es un tiempo falaz que siempre nos dice “todavía no es hora” y que así nos niega. El futuro no es el tiempo del amor: lo que el hombre quiere de verdad, lo quiere *ahora*. Aquel que construye la casa de la felicidad futura edifica la cárcel del presente. (Paz, 2004, p. 286)

El tiempo de la democracia no es mañana ni ayer sino hoy: *ahora*. La democracia es una forma de gobierno humanista, ya que es “el único régimen que

trata a cada ser humano como persona, que incorpora a cada ser humano como integrante de la ciudadanía, y que, por vía de esa participación, nos hace a todos responsables del destino común” (p. 54). Si la democracia es “el único inconveniente político compatible con la dignidad” (Silva-Herzog, 2021, p. 15), entonces recobrar la política será defender la *dignitas hominis*: *Gran milagro, oh Asclepio, es el hombre*, sentenció Hermes. Recuperar la política es la tarea humanista que tenemos por delante. Es, en definitiva, la “tarea crucial de nuestro tiempo”.

#### FUENTES CONSULTADAS

- ARENDT, H. (2003). *La condición humana*. Buenos Aires: Paidós.
- FROMM, E. (2012). *El arte de amar*. Ciudad de México: Paidós.
- PAZ, O. (2004). *El laberinto de la soledad/Postdata/Vuelta a El laberinto de la soledad*. Ciudad de México: FCE.
- SARTRE, J. (1967). *San Genet, comediante y mártir*. Buenos Aires: Losada.
- SCHMITT, C. (1985). *El concepto de lo político*. Ciudad de México: Folios.
- SILVA-HERZOG, J. (2021). *La casa de la contradicción*. Ciudad de México: Taurus.

DOI: <https://doi.org/10.29092/uacm.v23i61.1328>